



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por **Mons. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en la **Fiesta de la Presentación del Señor**.

2 de febrero de 2019

Esta mañana hermanos y hermanas quiero dirigirme con especial atención y cariño a mis hermanos y hermanas de la vida consagrada, pues esta festividad en la que la Virgen María y San José cumplieron con el precepto, como lo hemos escuchado al inicio del evangelio, de poner delante del Dios Nuestro Padre a su hijo primogénito para consagrárselo, ponemos en la comunidad cristiana delante de nosotros esta realidad de pertenencia especial y amorosa a Nuestro Dios y Señor.

El profeta Malaquías en la primera lectura nos habla de la irrupción de Dios en este mundo, es decir, de la entrada, hasta cierto punto rápida y sorpresiva, de la llegada efectiva que nadie puede soportar de pie porque pone al descubierto toda la bondad y toda la maldad de la humanidad sea individualmente como comunitariamente. Pero Dios irrumpe para purificar, nos dice el profeta: purificará como el lavadero con la lejía, como el fundidor con el crisol. Es cierto, y no tenemos que desanimarnos por ello, que el mundo en que habitamos está muy lleno de contradicciones, de claro oscuros quienes en obediencia la llamado de Dios han ingresado a la vida religiosa una vez que ha madurado su vocación no se fundamentan en huir o escapar de este mundo pervertido y malévolo. Si alguien lo hace, dentro del mismo proceso purificador de la formación Dios les hace ver que la razón para consagrarse a Él no puede ser el temor o la pusilanimidad frente al mal del mundo.

Entonces, siendo el mundo como es, Dios entra, irrumpe con fuerza, mas no violentamente, esto nos queda claro por la vinculación que existe entre esta fiesta y el acontecimiento de Belén. El mesías redentor del mundo se hizo uno de nosotros humilde y pobre en una gruta. Y el Señor a lo largo de toda su vida pública no solamente prescindió sino que rechazó abiertamente recurrir al fuego que destruye, a la espada que mata, a las palabras de maldición que desquician el futuro de alguna persona. Pero nos equivocáramos seriamente si pensáramos que vino a dejar todo como estaba. El anciano Simeón lo dice con claridad: "este niño está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel...", "para que queden al descubierto los pensamientos de muchos..." La salvación no es una experiencia superficial y cosmética, no se trata de una moda que seguimos por emoción o frenesí. La salvación sigue los caminos del silencio

interior donde llegamos a la verdad de nosotros mismos y donde nos damos cuenta de la presencia mundana del pecado en nuestros propios corazones y es allí donde aceptamos a Dios y rechazamos al maligno. En ese espacio íntimo es donde siempre se lleva a cabo la gran batalla de la irrupción de Dios. La salvación inicia como un acontecimiento personal, único e irrepetible y contando con ello pasa en segundo lugar a convertirse en un acontecimiento compartido en pequeños núcleos de fraternidad, de familia que comparte la fe. Y entonces, pasa a convertirse en un fenómeno social porque se hace fermento de nueva humanidad, de civilización del amor.

La vida religiosa y monacal no está de moda, unos dicen que es muy aburrida porque rezar u orar es muy aburrido. Otros opinan que es una vida gris y que da flojera, "¿Ser religioso o religiosa? ¡Ay qué flojera!" oímos decir. Otros han vendido la idea de que nos mutilamos emocionalmente en aras de salvar a una humanidad que no necesita nuestro sacrificio. Pero el fondo más secreto de todas estas descalificaciones lo conocemos, este mundo vive con la ilusión de que la solución radica en que Dios no irrumpa entre nosotros y todo aquel que pretenda dedicar su corazón, su mente, sus capacidades y su tiempo para lograr esta irrupción irrita, incomoda. Si hermanos y hermanas, la vida religiosa nunca estará de moda pero ¡Ay de nosotros si por nuestra tibieza lo convertimos en algo irrelevante! Jesús no brilló por muchos años, el señor creció en estatura, sabiduría y Gracia delante de Dios y de los hombres, y en el momento oportuno cumplió con su misión. Todos lo sabemos, el culmen de la vida religiosa no se da el día que se pronuncian por primera vez los votos o las promesas. El culmen se da cuando aquellos que nos ven morir dicen con toda naturalidad "este en verdad era un hijo de Dios", como lo dijo el centurión al pie de la Cruz. Animémonos pues, con esta fiesta y pidamos al Señor la gracia de ser irrupción de su presencia en donde quiera que Él nos ponga, para mayor gloria de su Nombre y bien de los que Él ama.

Amén.